

Apenas, aún. Mythos...Logos

De la narración al trazo

Eduardo Recalde

“La respuesta es la desgracia de la pregunta. Lo que quiere decir que ella hace aparecer la desgracia que está oculta en la pregunta.”

Blanchot, M. La conversación infinita

“Bello, sin reservas, es el amor a la verdad. Lleva lejos, y es difícil de alcanzar el final del camino. Más difícil es, sin embargo, la vida de regreso, cuando se quiere decir la verdad. Querer mostrar la verdad desnuda es menos bello, porque turba como una pasión. Casi todos los buscadores de verdad han sufrido esta enfermedad, desde tiempos inmemoriales”.

Colli, Giorgio. La naturaleza ama esconderse

1.- El asombro, la sorpresa no es un impulso; es el detenimiento que antecede a lo que de acto será la maravilla o lo implacable del olvido. El asombro -interrupción, ruptura- se arraiga en esa linealidad absurda de sentirnos en una continuidad; en la superficie del Tiempo se instala la inflexión del tiempo -¿es el Tiempo el que pregunta?, el tiempo se busca y se pone a prueba en la dignidad de la pregunta-, y esa ranura: una hendidura es el movimiento por el cual se desprende, cuando la hace aflorar, la pregunta. Al llegar a la superficie, ella se arranca del fondo y así, convertida en superficial, oculta preservándola, la pregunta más profunda.

Preguntar, hoy -también alguna vez, ayer, o casi- es adelantarse o retroceder hacia el horizonte de toda pregunta. Preguntar es por lo tanto, ponerse en la imposibilidad de preguntar por medio de preguntas parciales, en experimentar esa imposibilidad de preguntar particularmente, cuando, toda pregunta es particular y una pregunta está tanto mejor planteada si responde a la particularidad de la posición. Toda pregunta está determinada. Determinada, ella es ese movimiento propio por el cual lo indeterminado todavía se mantiene en reserva en la determinación de la pregunta.

El habla se realiza por el hecho de declararse inacabada, incompleta¹. La pregunta, que se da en el habla, reemplaza al vacío de la afirmación plena, la enriquece con el vacío previo. Por qué no plantear: merced a la pregunta nos damos la cosa y nos damos el vacío que nos permite no tenerla todavía o tenerla como aspiración. Pregunta, respuesta, entre esos dos términos se fundan los cimientos de una extrañeza milenaria, en la precisa medida en que la pregunta reclama en la respuesta, lo que le es ajeno y, a la vez, quiere mantenerse en la respuesta como ese giro de la pregunta que la respuesta detiene

¹ Toda escritura es anticipada por lo que solemos “decirnos”: somos efecto de aquello que oímos y ahí donde naufragamos. Lo leído es escritura, en el cuerpo, en los bordes de cada agujero, son los pliegues. La partida -q claramente resuena de comienzo y ruptura- UNLP, hoy psicoanalista, por elección lacaniana. Entonces, escribir desde el naufragio que nos ahuyenta de las urbes, inclina en el uso de algunas palabras, caprichos al mejor estilo de los que al sur nos enorgullecemos al decirnos conurbánicos: no es posible deshacerse de lo que nos perfiló, pero sí, transitar en nuevas palabras para acercarnos un poco a lo que nos hace algo más pensantes.

para poner fin al movimiento. Sólo que la respuesta al responder tiene que recobrar la esencia de la pregunta, que no se apaga por lo que responde.

Palabras, dichas y escritas, desde milenios, regenerando indefinidamente su propio tejido tras la huella que se construye en cada pregunta que se dispone después del asombro. Entonces: la *palabra* fue en su inicio, sonoridad que articulaba pregunta y respuesta que soportaba lo imposible de lo que no admitía nombre. Hizo en lo que se adscribe a lo inmemorial, en tierras que se recortan entre la actual Grecia y un poco más allá, dos opciones para este modo de nombrar: *mythos* (palabra-narración, y de esa particularidad de articulación, será una vestidura que lo defina) y *logos* (palabra-discurso, que los años y sus formas de organizarse, otorgaran un desplazamiento hacia lo que nombre la razón y la inteligencia).

2.- El mito es una narración. Una creación “anónima” que se explica a sí misma, un haz de representaciones² que no se agota, donde se revela un sentido “esencial” del mundo. El mito se sostiene en el relato, se transmite oralmente, y solo reclama creencia.

Multiforme (teogonía, fábula, moraleja, etc) se propone como una manera de entender el universo, donde no hay corroboración o comprobación. Es aquello “que relata”, y es en ese relato; el *Pheme* platónico no se articula como un pensamiento, como un modo particular de pensar, sino como un “conjunto que vehicula y difunde al azar de los contactos, los encuentros, las conversaciones, ese poder sin rostro”³. En lo más arcaico, cuando el cielo era el lugar del pasado, la mirada en la noche, encontraba lo que había sucedido: el cielo, el primer orden mnemotécnico, desde esa bóveda partió Hesíodo. En el principio de cómo se estableció el orden de todas las cosas: con el relato se escribió el lugar de los dioses, de los muertos, de los antepasados, y allí se inventó el lugar para lo invisible⁴. Lo invisible alojado en la palabra circular penetró en los intersticios de la mente como un cable metálico -tan invisible como la palabra que lo recorta-, y permaneció inerte: la fé. Eso que hace vibrar, que está demasiado cerca, porque empieza y termina en el que escucha... porque cree.

¿Dónde va lo que desaparece? ¿Por qué llueve? ¿Quién habita en el aire que empuja las hojas? Va a lo invisible, que al final está lleno de presencias. No hay nada más animado que la ausencia; las palabras en el mito facilitan ese pasaje entre lo que habita lo invisible y el hombre que camina⁵. Entonces es posible el acto que los acerque: el sacrificio se vuelve el puente para cubrir el abismo, y la muerte adquiere rasgo de voluntad hablada: se dice de ella, ya no sólo sucede, tiene un sentido y vector: el beneplácito con los dioses.

² “Ningún mito por sí sólo diría nada ni podría decir nada sobre ningún orden de la realidad. Son todos los mitos juntos los que determinan las reglas los que determinan reglas...” Vernant, J.P. Mito y sociedad en la antigua Grecia. Siglo XXI, España, 1982. P. 215

³ Vernant, J.P. Los orígenes del pensamiento griego. Paidós, Buenos Aires, 2012. P. 17

⁴ “El mito pone, en juego formas lógicas que podríamos llamar, en contraste con la lógica de la no contradicción de los filósofos, una lógica de lo ambiguo, de lo equívoco, de la polaridad. ¿Cómo formular, cómo formalizar estas operaciones de tanteo que convierten a un término en su contrario manteniéndolos separados desde dos puntos de vista?” Vernant, J.P. (1982). P. 219-220

⁵ “Todo mito debería ser tratado como un instrumento lógico de mediación entre contradicciones insolubles al nivel de lo vivido.” Vernant, J.P. (1982) P. 211

La gramática de lo invisible como espacio semántico, el relato mítico, inscribe la posibilidad de la cuenta: lo que cuenta, eso que cuenta, a la espera del número⁶. De la narración al trazo, lo que eterno sutura en la letra. Esa es la pregunta que insiste en el Tiempo.

3.- Logos. Palabra, razón, deducción, orden; capacidad de razonar⁷. Rasgo que define al hombre, plateará Aristóteles, en tanto posibilidad de discriminar entre lo bueno y lo malo. El razonamiento no se silencia ante la sensación, no es dramático, trae la duda para desterrar a la fé. Logos del exilio, que hace del hombre lo mas ajeno de lo natural: la animalidad ha sido extirpada para arrojar fuera del paraíso del impulso cierto a su criatura.

La pregunta del Tiempo, esa insistencia, tracciona en su acervo de sonidos otro uso de antiguo: misma palabra para nombrar un saber otro, otra manera de saber. El enigma, lo insondable no será narrado, para ubicar en la articulación lo que haga corresponder la conciencia ahora pensante con un orden racional: el Logos examina cómo se arma la multiplicidad, deduce, hace del paso a paso los argumentos para que la verdad se “haga evidente”, esa claridad que se asoma en la timidez de lo novedoso. Ya no se responde al origen de las cosas, la pregunta se orienta al cómo: lo invisible deja lugar a lo que se vé (*eidénai*, verbo en griego q se traduce “saber”, cuya raíz *id-* significa “ver-contemplar”. El *Eidos* de Platón, mal traducido por Idea, significa “la forma que se ve”).

Este Logos donde las entidades abstractas se emparentan con la demostración argumentada, para que esta novedad del saber se imponga como modalidad del pensamiento, fue necesario que la sociedad toda cambiara: la palabra pasó de ser sentencia, un anuncio, para ubicar el podio del debate contradictorio. Lo sabido ya no derrama de la noche del relato, es con nombre (el alguien, varios, escuelas...) que la razón se expresa como efecto. Ya no hay en el soplo del Rumor lo que hace sentido, será la preminencia de la palabra como *herramienta política*⁸ de la polis la que inaugure ese sobresalto en la verdad.

a. La Pitia dejó de hablar en verso⁹, y la prosa sepultó el enigma de lo inaccesible.

⁶ “Habría, pues, a la vez una continuidad y una serie de rupturas entre el cuento oral, el mito... y la filosofía.” Vernant, J.P. (1982) P. 219. Así también en Cordero, N. “No hay ningún pasaje, evolución, ruptura, continuidad o lo que fuere del *mythos* al *logos*... Respecto de las cuestiones respondidas implícitamente por los mitos de otras culturas... debe admitirse que ellas coinciden con las que se encuentran, en Grecia, en los primeros filósofos. Aristóteles, consciente de esta similitud, escribió que “el amigo del mito es en cierta forma un filósofo” (*Metafísica*, A.2.982b18)” En : *La invención de la filosofía*. Biblos, Buenos Aires, 2009. P 22-23

⁷ “Los griegos no habían inventado la Razón, como categoría única y universal, sino una razón, aquella de la que el lenguaje es el instrumento y que permite actuar sobre los hombres...” Vernant, J.P. (2012) P. 16

⁸ Vernant, J.P. ((2012) P. 62

⁹ “Transformándose y desnudándose el lenguaje al mismo tiempo, descendió la historia de los versos como de un carruaje, y por medio de lo pedestre se distinguió completamente lo verdadero de lo fabuloso; la filosofía, abrazando lo claro y didáctico antes que lo asombroso, fue haciendo su búsqueda por medio de la prosa, y a la Pitia el dios la hizo cesar de llamar encendedores de fuego a sus conciudadanos, devoradores de serpientes a los espartanos...” Plutarco. *Obras Morales y de Costumbres* VI. Gredos, Madrid, 1995. En: *Los oráculos de la Pitia*, 406E. P. 331

- b. El auge del comercio en el s.VIII y VII comienza la colonización griega. Los comerciantes, nuevos creadores de riqueza, comienzan a compartir el poder, dejando paso a una sociedad menos vertical.
- c. La escritura griega, adaptación de su contacto con los fenicios, alterará la distribución del conocimiento, promoviendo la distribución y gestando un vértice de lo que será “el bien común de todos los ciudadanos”¹⁰.

El s.VI observará la realidad de esa manera “otra”, donde lo mítico caerá en el pozo del descrédito. Todos los ciudadanos en la polis pródiga en palabras, llegarán al ágora para discutir, y el razonamiento será la argumentación para resolver los problemas que el apetito natural de saber de los griegos no había dejado en manos de las divinidades ni consolidado en narrativas míticas. La Teogonía de Hesíodo como las epopeyas de Homero no forjaron dioses creadores, esos que proclaman las reglas de conducta y los fundamentos de la existencia (¿qué es el hombre?, ¿qué queda de la vida después de la muerte?), serán hombres y dioses en ese espejo del capricho que oscila entre el exceso y el castigo; la mitología no es un libro sagrado y menos revelado. Logos liberado del mito se forjará con el cincel que deja salir a la luz lo que permanece oculto y la Naturaleza resumará numérica y lógica en un principio -que no hace origen, en todo caso, establece una respuesta que remite al ideal de saber: dialéctico, retórico, demostrable-.

4.- “Hay sin duda, una lógica semejante del mito, pero nuestra pregunta reaparece: el pensamiento de *khora*, que no participa evidentemente de la lógica de no-contradicción de los filósofos, ¿pertenece empero al espacio del pensamiento mítico? El logos bastardo que se ajusta a ella, ¿es aún un *mythos*?”¹¹ Un pasaje de Vernant le sirve a Derrida para interpretar el término griego *khóra*, que Platón utiliza para nombrar, entre otras cosas, un tercer género del ser, ni inteligible ni sensible, más allá de la dicotomía *mythos-logos*. Según la tesis de Derrida, *khóra* no sería reductible ni a un discurso mítico ni a un discurso lógico; designaría en todo caso, un *tener lugar* tanto del *mythos* como del *logos*. La oscilación o, quizás, el espacio oscilatorio¹² en el que se engendran, sin remisión alguna a un origen puro, las dicotomías centrales de la metafísica occidental.

Podríamos aventurar: el logos y el mythos no son sujetos ni conciencias, no son tampoco identidades (aunque el logos según una estrategia claramente ideológica, solicite y requiera siempre un sujeto y una identidad), son más bien fuerzas o direcciones del sentido, índices posibles y divergentes del discurso. El espacio discursivo que se produce por el desgarramiento de estas dos fuerzas crea las condiciones,

¹⁰ Vernant, J.P. (2012) P.64

¹¹ Derrida, J. *Khora*. Amorrortu, Buenos Aires, 2011. P. 35

¹² Una breve aclaración. La cita referida de Vernant, que es aludida en nuestras referencias (iv), varía en su traducción en la obra de Derrida. Detalle no menor, dado el vector de sentidos que propone una palabra y la otra. Transcribimos la diferencia aludida en Derrida: “¿Cómo formular, es decir formalizar estas operaciones de **báscula** que invierten un término en su contrario...? En el original, Vernant, en francés “*operations de bascule*”. El **tanteo** propone un cálculo, una medida, en todo caso refiere a un objeto; el la noción de **báscula** es el movimiento y el espacio, sin la cuantificación.

siempre políticas, siempre inestables, de lo humano, de lo que la historia occidental ha llamado “hombre”.

Topología de eso tan humano que se articula en esa báscula, cuya palabra narra en el trazo de lo que se petrifica, una desgracia imperecedera: lo que de ausencia propone un Tiempo devenido olvido: apenas, aún.